

hogar. De aquella jornada de santidad, su rostro quedó limpio y su alma más luminosa.

Otro año una señorita agraciada por belleza y virtud, fue conducida a la cárcel por una falsa acusación de contrabando. Doña Elena que era una alma evangélica, unía a la mayor sencillez de espíritu una despierta malicia de entendimiento, y comprendió que aquella prisión era una trama contra la virtud de la joven. Inmediatamente se fue a la cárcel a visitar a la prisionera. Se quedó a su lado todo el día, y cuando a la primera noche cerraban la cárcel, el carcelero ordenó a doña Elena que saliera de la prisión. Ella le contestó: Aquí me quedaré, prisionera también junto a esta niña inocente, mientras no vuelva al lado de su familia. El carcelero le ordenó en voz imperiosa, la amenazó, pero ella permaneció firme contestando con suavidad. pero con resolución inquebrantable: Aquí permaneceré me pase lo que me pasare. Consultó el caso el carcelero con los Jefes Superiores, y como era muy respetado el nombre de doña Elena, dieron orden de libertar bajo fianza a la niña. Sobraron fiadores, y así fue salvado el recato de la inocente criatura.

Permítaseme agregar como tercera anécdota, un recuerdo personal. Una mañana del mes de Abril venía paseando a caballo con mi hermano Miguel, por los alrededores de la ciudad. Encontramos a doña Elena que marchaba a pie, bajo un sol tórrido y sobre un camino no andadero. Llevaba colgando de una pequeña cuerda una pieza de carne fresca. La detuvimos y le preguntamos: Para donde va bajo sol tan riguroso, que le puede hacer daño? Nos contestó: Voy a dejar esta carniña a un enfermo, al cual le ha ordenado el médico tomar caldo sustancioso y no tiene con que comprar. Le replicamos: Por qué no vino en coche. Contestó sonriendo: Porque no tengo con que pagarlo. Le propusimos que nos esperara y que iríamos ligero a traerle el coche. Ella siempre sonriendo con malicia, nos contrapuso: Mejor démen aquí el pago de las dos carreras, y yo mandaré a buscar el co-

che desde la casa del enfermo. Le dimos dos pesos que valían las carreras, burla burlando nos dijo: Mejor quedaré ahora con el enfermo, le llevaré la carniña y los dos pesos, y Dios se los pagará a ustedes. Dio la vuelta y se alejó riéndose de nosotros, sobre el camino polvoso. Miguel me dijo: Mírala que ligero camina, nosotros a caballo no la podríamos seguir; va como en el aire, no deja huellas sobre el polvo. Yo agregué: No la podemos seguir porque va hacia el cielo. Arrendamos los caballos hacia el mundo en donde travesaba nuestra juventud.

Caridad es enseñar al que no sabe, asistir a los enfermos, resguardar el honor del prójimo, dar de comer al hambriento. Eso enseñaba con su ejemplo doña Elena. Era acaso una heroína? Fue algo mayor, una santa.

Murió el 11 de octubre de 1911. En ese tiempo era Nuncio de su Santidad en Centroamérica, Monseñor Juan Cagliero, notable misionero Salesiano, que fue más tarde elevado a Cardenal y que es probable que llegue a los Altares. Residía en San José de Costa Rica y cuando supo la noticia de la agonía de doña Elena, le puso un cablegrama impartiéndole la Bendición del Sumo Pontífice. La moribunda sonrió beatíficamente al recibirla. Monseñor Cagliero que como muy buen sastre a este respecto conocía el paño, la tenía por Santa y así lo proclamaba.

Al padre Valentín Nalio, que fue secretario de Monseñor Cagliero se le escribió pidiéndole datos sobre doña Elena para ver de iniciar el proceso de su santidad, y contestó estimulando el pensamiento con estas notables palabras: "De corazón pido a Dios que los ilumine y asista para llevar a cabo tan hermosa idea; pues en mi concepto doña Elena, por sus altísimos merecimientos religiosos sociales, es una santa de Altar, merecedora como Rosa de Lima en el Perú, de ser públicamente consagrada, el primer ciudadano de Nicaragua".

Rosa de Lima, Elena de Granada . . . Lirios que Dios hizo florecer en América para perfumar su historia y su destino de tierra cristiana.

DOÑA ELENA Y SANTA TERESA DE JESUS

FRANCISCO VIJIL

Cuando en 1892 azotó a Granada la peste de la viruela negra, comúnmente llamada "alfombría", esta enfermedad hizo gran número de víctimas. La Municipalidad de Granada ordenó reunir a todos los atacados en un solo local, el cual estaba cerca del Cementerio de la Ciudad. A este local de enfermos, dieron el nombre de "Lazareto", y nombraron una Directora y varias ayudantas enfermeras, pero nadie quiso aceptar tan arriesgado cargo por temor a la viruela, al contagio de la terrible viruela. Ante la dificultad de encontrar quienes quisieran formar el personal que se requería para que atendiesen a los enfermos, se presentó a aceptar el nombramiento de Directora del "Lazareto" la bondadosa y caritativa Doña Elena, quien así daba testimonio elocuente de su amor a Dios, al llevar su abnegación hasta aceptar de previo el posible contagio, que bien podría significar su muerte.

En cierta ocasión veníamos de una finca mi padre y yo, al pasar por el "Lazareto", serían como las seis y media y ya caían las sombras de la noche, cuando oímos voces que partían de un hombre a caballo que decía: "¡Elena, Elena, !" Se abrió la ventana y apareció Doña Elena con la cabeza atada

con un pañuelo blanco y una lámpara en la mano, y contestó: Qué quieres, Faustino? No he tenido noticias tuyas, contestó el de a caballo, y vine a saber noticias, o si necesitas algo, para enviártelo. Necesito, dijo Doña Elena, que vengan médicos con más constancia. Hasta la vez solamente Juan Ignacio Urtecho llega a esta ventana a darme medicinas y consejos. Cuando ocurre alguna defunción, me siento abandonada de la ciudad. Adiós, Faustino.

La ventana se cerró y nosotros proseguimos nuestro camino. Ya en nuestra casa, dije a mi madre que esa noche había visto a Santa Teresa de Jesús al pasar por el "Lazareto", según se parecía Doña Elena a la imagen de la Santa. Mi padre tomó parte en la conversación diciendo: "Ciertamente, vimos a Santa Elena, pues no es otra la persona que acepta atender a los apestados de viruela. Ella contrajo la viruela en el mismo "Lazareto" que llegó a regentar y aceptó el lecho del dolor con profunda resignación. De ese lecho, cuando fue rescatada de la muerte, saltó todavía con más ánimo a dedicarse como antes al bien de los prójimos y a la enseñanza de la niñez.